

Convivencia de formación. Meditaciones

8. El trabajo y su santificación

Ayer celebrábamos a la Virgen de una manera especial, dentro de este año mariano que la Obra conmemora con motivo de los 25 años de la Prelatura y 80 de su fundación. La Iglesia y sus instituciones, como también cada uno de nosotros, nos sentimos abandonados en el regazo de nuestra Madre. En las Bodas de Caná adelante la hora de Jesús, que transformaba el agua en vino por intercesión de Santa María: "No tienen vino" y, aunque Jesús indica "no ha llegado mi hora", ella insiste a los sirvientes: "Haced lo que Él os diga". Y enseguida, Jesús, condescendiendo o descubriendo que sí, que era su hora..., de la mano de la Virgen: "Llenad las vasijas de agua", aquellas ánforas, y al llenarlas hasta arriba, el Señor hace el milagro; transforma aquellas cosas humanas -el agua que le ofrecemos-, en divinas. Es un sentido de nuestra unión con Él. Por eso, cuando estamos con Jesús -y para esto nos conviene meditar la Humanidad Santísima del Señor, como una manera muy bonita de descubrir esta maravilla de la identificación con Cristo- vemos cómo el Señor transforma nuestra poquedad, nuestra miseria, nuestra agua, en una cosa divina -en este Vino-, en este sentido Eucarístico, en este llenar la vida de todos, en este ser un bien para los demás. Como su Madre Santísima que es la que lleva a Jesús y a esta nueva Creación, lleva también a Jesús al milagro de las Bodas y conversión del agua en vino, que será luego el Nuevo Banquete, el nuevo sentido de la vida que es el sentido de darse, de hacerse comida para la vida de muchos.

Estos días celebramos en muchos sitios las Témperas en acción de gracias por los frutos recibidos en las cosechas frutales, y también por el fruto bendito del vientre de María Virgen, el principal don del cielo: "-Et verbum caro factum est": Él, Dios, se hace hombre, y lo humano, en Él, se hace divino. Así, cada día es Navidad, y Jesús en la Eucaristía nace en nuestro corazón y en nuestras obras transformando lo humano en opus Dei, divino. Jesús se unió entonces a cada uno de nosotros, y de este modo, el más conveniente para realizar nuestra Redención, quiso Dios hacerse uno de nosotros para que nosotros nos hiciéramos como Él. Jesús ha nacido para mí la noche de Navidad, y queremos acercarnos a este misterio, queremos participar de esta Vida, queremos emprender el camino justo que es la Humanidad Santísima de Cristo. Queremos entender el sentido de nuestra vida en Cristo. Queremos mirar, abrir los ojos, tener los ojos abiertos y dejar que el Señor haga, realice este milagro en nuestra poquedad.

Las lecturas de témperas nos hablan del trabajo, de acoger el don de la creación pero no olvidarnos de que todo es don de Dios (cf. Dt 8,7-18), como reza el salmo: "tú eres Señor del universo". El trabajo tiene un sentido de acoger el don de Dios y colaborar con Él en el cuidado del jardín del mundo. Jesús era conocido como el hijo del artesano, y pasó 30 años de su vida trabajando en un oficio, y después de esta vida oculta siguió trabajando en su ministerio. Trabajo es una palabra que hemos oído mucho, pues es la vida de Cristo que hemos de imitar: cualquier trabajo noble, humano, puede ser divino como decía Juan Pablo II, lo que san Josemaría resumía así: ser santo es santificar el trabajo, santificarse en él y santificar a los demás por él.

1. Santificar el trabajo. Nos puede servir el ejemplo del picapedrero: Un sabio quiso entender qué empujaba a sus semejantes a trabajar toda la vida. Visitó una cantera de piedra y vio un hombre que le daba al pico y pala, y le preguntó: "-¿qué estás haciendo?" -"Despedazo las piedras para el condenado de mi patrón. Curro todo el día para conseguir un trozo de pan..." - y siguió maldiciendo su poca suerte, mientras continuaba picando piedra. (Es el que ve sólo un motivo extrínseco en el trabajo, el dinero que gana, es necesario pero es lo más pobre).

A un segundo obrero le preguntó el sabio lo mismo, a lo que contestó éste: -"Estoy trabajando para pagarme la casa y quitar el hambre a los míos... dentro de poco saldré ya mis deudas..." y siguió trabajando, éste ya con ganas (es un motivo intrínseco, de realización y satisfacción personal, que es participar con entusiasmo en esa nueva creación, recreación de la obra divina...).

Aún entrevistó a un tercero: “-¿qué haces?” El hombre alzó la cabeza interrumpiendo su esfuerzo, y el sabio reconoció un rostro radiante de fuerza y alegría: -“¿No lo ves, amigo? – y con un gesto apuntaba a un edificio lejano, aún en los comienzos-: ¡Estoy construyendo una catedral!” (Aparte de sacar adelante el proyecto personal y la familia, y del dinero, éste saca adelante un fin que llamamos “trascendente”, la catedral, la construcción del mundo y de su historia, “toda la creación está esperando la manifestación de los hijos de Dios”. Está implicado en un sentido trascendente, participando del proyecto de la catedral que es el proyecto divino. En las empresas se habla en este sentido de coparticipación e incluso se intenta la co-dirección; en cualquier caso lo importante es participar del proyecto, como algo propio, y para esto hay que tener algo propio: un campo, una parcela, es decir algo en propiedad sin lo cual es difícil la justicia: tierra en el caso de un agricultor, participación en las acciones o beneficios, en el caso de un trabajador en una empresa; en lo sobrenatural, sentirse hijo de Dios y que estamos en la casa del Padre, que estamos en nuestra propiedad pues el mundo es nuestro hogar, somos hijos y por eso herederos, no esclavos sino libres).

Entendió el sabio que los tres materialmente hacían lo mismo, pero el trabajo era distinto pues depende de cómo se realiza. Lo importante no es la materialidad de hacer con nuestro esfuerzo sino hacia dónde va encaminado nuestro esfuerzo, hacia dónde lo lleva el corazón. Es decir, lo más importante no es el valor objetivo del trabajo, ni su consideración ante los demás en el gran teatro del mundo, sino el valor subjetivo, de realización personal: esa entrega al trabajo, con frecuencia duro, nos perfecciona.

Así la vida es una canción, compuesta de letra y música, en la que no hay rutina si hay amor. La letra consiste en todo lo que hacemos, nuestras acciones, y la música es la voz del corazón, el amor que ponemos en todo. De manera que el trabajo y en general la vida es aburrida o entusiasmante, dependiendo del amor que ponemos. ¿Aburrido?: te falta amor. ¿Procuras entusiasmarte haciendo las cosas porque te da la gana, aunque en algún momento no tengas ganas? Entonces trabajas de verdad, por amor. Si hay aburrimiento puede que no hayamos conseguido aún una conexión con el espíritu de perfección a través del trabajo. El trabajo pasa a ser un canto de alabanza del hombre y con él toda la creación a Dios el Creador, y por medio del trabajo hecho por amor hay un algo santo que aletea en cada acción nuestra. “No entonces las alabanzas divinas solo con la voz, dice S. Agustín, acompaña también la voz con las obras. Si cantas solo con la voz, por fuerza tendrás al fin que callar; canta con la vida para no callar jamás”.

¿Qué es hacer ese algo santo, santificar el trabajo? "Santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar a los demás con el trabajo", era la expresión usada por san Josemaría Escrivá. Una realidad llevada a la plenitud por la venida de Jesús, que ha hecho divinos los caminos de la tierra. Para santificar el trabajo es necesario hacerlo humanamente bien, cuidando las cosas pequeñas por amor; por tanto no basta con que sea abundante, intenso, constante y ordenado, ya que no se trata de hacer como en el circo, aquel “más difícil todavía”; lo importante no es la cantidad sino hacer lo que hemos de hacer, y hacerlo bien, y hacerlo por amor, es decir con rectitud de intención. Así el trabajo tiene como objeto la humanización del mundo.

Pero, ¿qué es humanizar al mundo? No consiste tanto en la materialidad de hacer cosas (siempre se puede hacer más, mover más montañas o producir más tornillos por decir algún ejemplo), sino realizarse en plenitud a través del trabajo y llevar a la perfección todas las cosas. ¿Cómo hacerlo, para que el trabajo construya una tierra nueva, que nos lleve a los cielos nuevos? ¿Qué relación hay entre el trabajo y el nuevo cielo y la nueva tierra? La respuesta viene contemplando a Jesús en Nazaret, al preguntarse: ¿qué ha quedado del trabajo de Cristo como artesano en el hogar de Nazaret? Y la respuesta es: nada material -no nos ha quedado la menor reliquia de su trabajo en la tierra-, lo que Cristo ha hecho con su trabajo -lo que permanece- es empapar de amor la tierra en que vivimos: trabajar es aquella actividad que tiene como objeto humanizar el mundo, convertir el mundo en el "hogar" de los hijos de los hombres. Y si todo esto es lo primordial con respecto al producto del trabajo, santificar el trabajo será hacerlo de tal modo que transforme el mundo en un "hogar" para los hijos de Dios, donde todos sean hermanos, a imagen de aquel hogar de Nazaret, donde reine el amor y

la alegría, pues como dijo alguien, el trabajo más productivo es el que sale de las manos de un hombre contento.

Si tomamos la primera lectura de la Misa de S. Josemaría (Gn 2,4b-9.15) vemos cuando el Señor hizo el cielo y la tierra, que al principio estaba estéril, luego pone al hombre (modelado de arcilla del suelo, y con el aliento de vida) en el jardín del Edén, “para que lo guardara y lo cultivara”: custodiar y trabajar, dos cosas que el hombre tiene en su responsabilidad, ecología y transformación. Las palabras son difíciles de traducir, y además los términos dedicados a trabajo han sido por lo común negativos. “Trabajo” viene de “tripalium”, tortura medieval a base de 3 palos atados para fustigar; y en este sentido Teresa de Jesús habla de “trabajos” como de padecimientos. Esta es la expresión moderna. Antes se usaba “labor” que basta consultar un diccionario clásico de latín para ver que tenía también ese significado de penalidades. Pero en el latín clásico hay una palabra limpia, de contenido positivo para indicar trabajo, que es “opus, operatio”: éste es el sentido de obrar que indica la genuina expresión de la actividad humana en la que se implica la persona y se realiza, dentro de se plan divino. Leemos en la lectura del segundo día de Témperas el primer relato de la creación (Gn 1,27-30) en el que Dios va haciendo cielos y tierra, como las coordenadas de espacio y tiempo va situando los lugares de arriba y abajo y distinguiendo aguas y tierras, animales del aire y del agua y del suelo, y después de situar por así decir los puntos cardinales del espacio del universo, y la creación del tiempo, hace al hombre y a la mujer como si fueran la guinda del pastel de bodas, y les da potestad sobre todo: “creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla...” De hecho, en el primer relato de la creación en el Génesis hay un sentido de trabajo como transformación, estamos en la época de los zigurats y ciudades; en el segundo que aquí tratamos, que es anterior, vemos este sentido ecológico de custodiar (es un relato muy anterior, ante los arquitectos del primero aquí estamos en una época de alfareros, las imágenes reflejan una época más primitiva). Son aspectos que ha de tener en cuenta el trabajo para que no sea egoísta, depredador... En otras lecturas vemos como se habla también de esta tierra estéril, la tierra agreste, que se transformaba en tierra esponjosa, en tierra amorosa: -"Ya no serás la desolada, serás la amada"-, como el Señor, cultiva nuestro campo, nuestra alma, como su jardín, donde va realizando su obra.

Vamos a abrir las verjas de nuestro jardín, para que el Señor entre, vamos a contemplarlo, para saber mirar a Cristo, dejarle hacer en nuestra alma, dejarle entrar en nuestro jardín y colaborar con Él, en tener sus mismos sentimientos, en participar en sus afanes, en participar en el amor a su Madre -que es nuestra Madre "Santa María"-, y participar de nuestra nueva creación, en esta transformación del agua en vino, del "Opus Humanum, en Opus Divinum", en Opus Dei. En sentido profundo.

-Lo decía el Papa en un encuentro con los universitarios del congreso UNIV, en el día de la Resurrección del Señor: "Este es el día que ha hecho el Señor". La Pascua -también el Nacimiento es la Pascua, la Pascua bonita, aunque etimológicamente sea más grande la Resurrección: Si Jesús no hubiera nacido, no hubiera podido resucitar. El Nacimiento es el momento más grande de la historia, al menos como dice la Escritura, "llegada la plenitud de los tiempos, entonces, hijo de una mujer, vino Dios al mundo"- es "el día que ha hecho el Señor", cuando... decía el Papa: las cosas humanas, la tierra agreste, las cosas que todavía no son, quedan transformadas en Opus Dei, en cosas divinas. En aquel momento la gente aplaudía, y el Papa, como hablaba italiano, improvisando, expresando lo que llevaba en su cabeza, se daba cuenta -con su sentido del humor-, decía: -"No estoy haciendo propaganda del Opus Dei, estoy intentando descubrir que significan estas palabras, 'Opus Dei'": Que unidos a Jesús, las cosas humanas, se convierten en divinas, o sea, es una nueva creación. Jesús, ha venido a traer el sentido de nuestra filiación divina. Nunca más estaremos solos, la tierra nunca más estará desolada. Ésta es la gran verdad que hemos de extender, a la gente que nos rodea, a todo el mundo.

2. Santificarse en el trabajo. Veremos en la carta a los hebreos: -Ha entrado Jesús dentro del Santuario, la tienda del Sancta sanctorum -es decir, de la Santísima Trinidad-, como una ancla, y Él -nuestra carne, que ya está en Dios-, tira de nosotros, para que donde Él esté, vayamos también nosotros, tira de nosotros, nos hace, como en estas conversiones

interiores, nos da el sentido de ir hacia Él. Nosotros, queremos responder, con esta respuesta de amor: ¡Quiero ir directamente a Ti, Señor!, quiero encontrarte en las cosas de cada día! En las virtudes en el trabajo: el amor hace vivir la prudencia, justicia, laboriosidad, sujetarse a un horario, puntualidad y templanza, acabar los últimos detalles... Estas cosas, ya tienen un sentido nuevo, un sentido especial, ya no son solitarias, agrestes; son amadas. Vamos a disfrutar de estos momentos de cada día con los ojos del amor, las pupilas dilatadas con este Amor de Dios, nos hace descubrir que la vida es bella, que la gente es imagen de Dios. Aunque haya momentos duros de esfuerzo que requieren nuestro sacrificio, en la vida hay muchos momentos mágicos que disfrutamos de estas delicias, este sentido de paladear lo que es el amor, la amistad, lo que es el ambiente de familia, de la oración, lo que es el sentido estético, de disfrutar, de sentir los rayos de sol cuando paseamos, y después de haber hecho una buena comida... Aquella película: "El festín de Babet", habla un poco de como después de una buena comida todo un pueblo encuentra la reconciliación, un pueblo que se había encerrado en si mismo, en sus cosas; y aquella mujer que derrocha -porque es artista y no sabe poner las reglas-, derrocha todo su entusiasmo y su ciencia, y disfruta, hace disfrutar a los demás... como dice el salmo: "Se han encontrado, se han besado la Justicia y la Paz "-, se han vuelto a encontrar, en este sentido de Amor. En este sentido las segundas lecturas de los dos días de Témporas nos hablan de encontrar ese sentido divino en todas las cosas (cf. 2 Cor 5,17-21) y agradecer todo a Dios y así habrá amor entre los hermanos, paz y justicia (Col 3,15b-17).

Por tanto, "amando al mundo apasionadamente", ahí donde nos toca, en cada momento, pero nunca solos... con el Señor. Y si alguna vez lo perdemos, volver a encontrarle. Si alguna vez estamos desorientados, como sin brújula, en un mar infinito, en un desierto, en un bosque... no?, en un bosque también es fácil perderse. Cuando estemos tan preocupados, en un bosque de preocupaciones, saber encontrar enseguida el camino, las marcas del sentido de nuestra compañía con el Señor, aunque no lo veamos, pero sabemos que está, notamos su presencia. Meternos dentro del corazón y decirle: Señor ¿dónde estás? y encontrarle; cuando lleguen momentos de tristeza, de enfado, no sé... cualquier cosa -si no es consentido, no pasa nada-, tanto si es una antipatía, como resistencia a obedecer, como sentir el cansancio, como... tener un mal día, eso no importa. Lo importante es estar con el Señor, pero no dejarse llevar por estos momentos de soledad o de pesimismo, sino que, enseguida notar que, si nos dejamos llevar por una idea de falta de paz, estamos perdiendo al Señor, y hay que recuperarlo, recuperar la pista, recuperar el camino, volver a este encuentro, a esta compañía, a esta presencia de Jesús, a esta presencia de Dios Padre, a este sentirnos Hijos de Dios.

Por eso en la oración, queremos pedirle, que nos ayude a tratarle: "¡Jesús!, ayúdame a tratarte, a tratar tu Humanidad Santísima, pon en mi alma esta hambre insaciable del ser disparatado, de comprender tu paz. Ayúdame a leer en el Evangelio, en la misa, en la lectura, en la oración, abriendo los ojos a este sentido nuevo, de que, "ya no será más la tierra desolada", mi huerto no será nunca estéril, sino que estoy siempre contigo y tú conmigo.

Y esta es la fuerza más potente que tenemos para hacer la voluntad de Dios, y no la fuerza de la obligación o el miedo al pecado, sino, el contemplar el amor que Dios ha tenido con nosotros, en Cristo. Este es el Evangelio que debemos llevar en el corazón que, pase lo que pase, estamos con el Señor; y, aún cayendo, también encontramos las manos de Dios que nos sujetan.

Dicen que las hayas son árboles muy fuertes, y que esto es debido a que tiene más leño dentro de tierra que fuera. Cuanto más hondas son las raíces de las hayas, más resistencia ofrece para no caerse, para sobrevivir con el agua que puede buscar mejor, para poder crecer hacia fuera y eso que las ramas son muy altas, de ahí su fortaleza. En nuestro caso, cuanto más actividad tengamos también más importante es crecer para dentro. Aún cuanto haya más trabajo, no es motivo para abandonar la vida interior. Vimos el otro día una película con el Morgan y otro cómico que -tienen cáncer- van haciendo cosas que nunca habían hecho: subir a una montaña alta y tirarse en paracaídas, viajar... por estar trabajando y estar en muchas cosas no podían nunca cumplir esos sueños, pero luego descubrieron que volver a casa y sentirse cuidado por la mujer era lo más importante, nosotros también a la hora del verano no

queremos tampoco nosotros escapar de las cosas buenas: familia, trato con Dios, sino que sea ocasión de enriquecernos más. No vamos a dejar de comer por estar en vacaciones. No queremos desunirnos de los demás, ni de Dios. Queremos aprovechar para ser más humanos y para eso más divinos. Antes hemos visto la formación como algo muy importante, pues no podemos ser ignorantes en la inteligencia de cosas, pero algo aún más importante y es el amor. Entrar en la vida de Jesús, de los santos, hablar con Dios. Hay gente que se desanima y no entiende por ejemplo que el dolor es el megáfono que Dios tiene para hablarnos, como el que se despista y con la bocina del coche le avisan de algo. El que no entiende estas cosas como el dolor, pierde quizás el entusiasmo que es la sal de la vida. Los santos, y nuestra experiencia -Dios dentro de nosotros- nos dicen que la vida siempre vale la pena a pesar de las caídas, tropezones y desengaños. Lo que los santos nos dicen con nuestra vida es comenzar y recomenzar, en cosas pequeñas: “es que no puedo con esto, lo dejo todo...” es absurdo si algo no va a perder todo, los santos son enamorados de las cosas pequeñas. Nos dicen que con lo pequeño conseguimos lo grande. Con pequeñas gotas se llena un vaso, con granito de arena se renueva, se vuelve a la ilusión. Cada granito de arena ha participado del conjunto: “Ven, siervo bueno y fiel –dice el Señor a los que se salvan-, ya que has sido fiel en lo pequeño ahora entra en el gozo de tu Señor, ahora te daré lo grande”... esto se refiere directamente a que el amor se demuestra en las obras, las cosas pequeñas de cada día, pero también se puede decir en el sentido de “ven, siervo bueno y fiel, aunque tenías ganas de desanimarte porque no te salía algo grande (en ira, en quitar un pecado, en alguna virtud...), porque has sido fiel en lo pequeño, en esta hora te daré lo grande. Insistimos en la idea: cuanto más actividad tengamos que realizar, más hondos han de ser las raíces, para no caer... y si en lugar del árbol tomamos la casa, para no construir sobre arena frágil sino sobre roca para aguantar todo, el fundamento del edificio ha de ser el sentido de filiación divina. La filiación divina es el fundamento para santificarnos en el trabajo y en medio del mundo. El salmo 2 nos lo recuerda: “alabad al Señor todas las naciones... a mí me ha dicho el Señor: ‘tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy’. ‘Pídeme, y te daré las naciones en herencia...’ Servid al Señor con temor... bienaventurados serán los que han puesto en él su confianza”. También en la segunda lectura de la Misa de s. Josemaría nos recuerda s. Pablo: “los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Rom 8,14), y con este espíritu de libertad (ya no de esclavos) realizamos el trabajo. Se puede decir que una persona está realizada, en armonía, con equilibrio, cuando tiene resueltos los temas afectivo (Dios, familia, amigos), laboral (actuar en libertad, con creatividad, etc.) y cultural: son los 3 aspectos espirituales que nos realizan: amor, libertad, inteligencia. En el campo que ahora comentamos de alguna manera, el trabajo, ahí veo la creatividad y la libertad, y si uno se siente esclavo, malo: hay que buscar lo que uno quiere, o al menos si uno tiene el trabajo que no quiere, querer lo que uno tiene.

El fundamento de todo es considerar que Dios es Padre «en donde el ser precario e indigente que es el hombre encuentra la protección que necesita, el calor paternal y la seguridad del futuro que le permite un sencillo abandono ante las incógnitas del mañana, que le confiere la seguridad -cierta por la fe, efectiva por la caridad y consoladora por la esperanza- de que detrás de todos los azares de la vida hay siempre una última razón de bien». Expresan bien estas palabras la enseñanza de san Josemaría, que probó él primero en momentos duros de su vida: «¡cuánto me pesa mi poquedad, mi soledad! Pero... no estoy solo: tú, Dulce Señora, y mi Padre Dios no me dejáis. Desde aquel evento de 1931, no se sentirá nunca solo, pase lo que pase, considerará -y proclamará continuamente- que Dios es un Padre bueno, que está a nuestro lado. Por eso, «un hijo de Dios -tú- (...) ¡nunca está solo!

«Unidad de vida que -no me cansaré de repetirlo- es una condición esencial (...). La elección exclusiva que de Dios hace un cristiano, cuando responde con plenitud a su llamada, le empuja a dirigir todo al Señor y, al mismo tiempo, a dar también al prójimo todo lo que en justicia le corresponde».

«¿Lo quieres, Señor?... ¡Yo también lo quiero!» Es lo que llamaba rectitud de intención y que procuraba tener para él y los demás pidiendo desde muy joven: Deo omnis gloria!, regnare Christum volumus! con hambre apostólica: omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!

«La vida de oración y de penitencia, y la consideración de nuestra filiación divina, nos transforman en cristianos profundamente piadosos, como niños pequeños delante de Dios. La piedad es la virtud de los hijos y para que el hijo pueda confiarse en los brazos de su padre, ha de ser y sentirse pequeño, necesitado. Frecuentemente he meditado esa vida de infancia espiritual, que no está reñida con la fortaleza, porque exige una voluntad recia, una madurez templada, un carácter firme y abierto». Dios lleva al alma por caminos de infancia espiritual. «Piedad de niños, por tanto», que lleva una madurez interior ante el mundo y la historia, con una preocupación «del alma fiel por alcanzar la más profunda significación de este mundo, que es hechura del Creador» que lleva a la consideración de que «si el mundo ha salido de las manos de Dios, si El ha creado al hombre a su imagen y semejanza (Gen I, 26) y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe -aunque sea con un duro trabajo- desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe, percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia».

3. Santificar a los demás con el trabajo. Mañana veremos con detalle la acción apostólica, que aquí podemos apuntar. El hijo de Dios está llamado a vivir para los demás, y el trabajo trasciende la consecución de objetivos extrínsecos (dinero, etc.) y de realización personal (intrínsecos) para abrirse al fin trascendente: el servicio y apostolado; si Dios es Padre todos estamos interconexionados, y también las facetas de nuestro actuar están unidas entre ellas, no como cajoneras que muestran aspectos distintos (trabajo, familia, piedad) sino en una integración total, un actuar, hablar y pensar unitario. Nace de ahí un amor al mundo, al que hay que reconducir, después de la herida y desorden del pecado, en una armonía -sinfonía divina- que Dios realiza, con la colaboración de sus hijos en Cristo: «Hemos de amar el mundo, el trabajo, las realidades humanas. Porque el mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo unigénito para que restableciera esa paz. Para que nosotros, hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios». Y así, «todo puede y debe conducir a Dios. Porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean. La luz de los seguidores de Jesucristo no ha de estar en el fondo del valle, sino en la cumbre de la montaña, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo (Mt 5, 16)».